

COMENTARIO INTERNACIONAL

CON enorme júbilo, con incontenible alegría, el pueblo de Costa Rica ha recibido la extraordinaria noticia de que a nuestro Presidente, el Dr. Oscar Arias Sánchez le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz. Primera vez para nuestro país, segunda ocasión para Centroamérica que un premio de esta naturaleza honra esa estrecha franja de América.

La distinción recibida en la persona de nuestro Presidente tiene un destino más amplio, más hermoso. Es este pueblo maravilloso que ha cultivado la vocación de la paz, el depositario del reconocimiento. Por supuesto, y quién podría negarlo, que es por el tesón, por la férrea voluntad, por el empeño indómito del Dr. Oscar Arias, que se le concede el máximo galardón a que puede aspirar quien lucha por la paz. Confío en que nadie en Costa Rica le pondrá reticencias al triunfo obtenido, que nadie se

Entonces, si Costa Rica ha cantado himnos de paz y de amor a los cuatro vientos, si nuestro pueblo se ha convertido a través de tantos años en un solo espíritu nacional que recibe con los brazos abiertos a quienes huyen de la guerra, ¿cómo no va a recibir por medio de su legítimo representante un homenaje como el que la Academia Sueca le otorga al Presidente?

Costa Rica se integra al mundo que le rodea. Ya no seremos un país desconocido para el resto del mundo. Se nos ha investido de gran autoridad porque un premio de la Paz da precisamente ese vigor y esa fuerza que hoy nos es tan importante y tan trascendente. Precisamente hoy, cuando el Plan de Paz para Centroamérica apenas da sus primeros pasos y cuando sus resultados son tan inciertos e inseguros, es cuando más valor tiene este reconocimiento que habremos de ver, no como un acto simbólico y emotivo, sino como un elemento tangible capaz de dejar huella y trascendencia.

Sin embargo, a la vez que eleva y regocija, el premio también compromete, y no solamente compromete a don Oscar Arias, como persona, como Presidente, sino que también nos compromete a nosotros, los costarricenses, porque si no es por nuestra idiosincrasia, por nuestra manera de ser, por nuestra democracia centenaria, este premio a Costa Rica no hubiera llegado jamás. Debemos entenderlo así, porque la mejor manera de comprenderlo es precisamente que el orgullo hoy lo sentimos en nuestra condición de costarricenses. El compromiso es de todos y en estos tiempos difíciles, en que las condiciones financieras de Costa Rica son tan precarias que amenazan nuestra paz interna, sentimos la necesidad de que se logren los mecanismos necesarios, con el mínimo de sacrificio para los más necesitados, tendientes a mantener, ahora sí, a toda costa, esta paz nacional para que el premio otorgado no se vaya a desmerecer y mucho menos enlodar.

Costa Rica está de fiesta y lo estará por muchos años, yo diría por siempre. Nuestro nombre estará impreso en los anales de la historia mundial. Nos hemos salido de las pequeñas fronteras y parodiando a Cristóbal Colón, quien partió en busca de un mundo nuevo, otro doce de octubre es Costa Rica la que vuelve sobre aquellos pasos y se lanza en poz de un reconocimiento mundial, reclamando el lugar que hace mucho tiempo le pertenecía y recibiendo un premio que corresponde precisamente a la hermosa imagen que este pequeño y hermoso país ha proyectado durante toda su existencia.

Doctor Oscar Arias, Premio Nobel de la Paz

Luis Fernando Moya Mata

atreverá, por mezquindad o por cualquier otro propósito, restarle el valor y la importancia de este homenaje que recibe nuestro Presidente y por ende nuestra Patria. Y también confío en que nadie sacará provecho de orden electorero y político partidista a lo que es en realidad un logro de carácter nacional y por ello de una solidez inalterable.

Es Costa Rica, como muy bien lo dice el Dr. Arias Sánchez, la que recibe el honroso premio. No en vano nuestra amada tierra, nuestro pequeño país, fue propuesto en varias ocasiones para que se le otorgara esa distinción, porque la ha merecido siempre. Ahora se logra a través de la persona de nuestro Jefe de Estado y todos los costarricenses, por iguales partes, sabemos que este premio nos alcanza, nos pertenece. Sería ilógico y desafortunado que se le hubiera otorgado el Premio Nobel de la Paz a un presidente de un país en guerra, o de un país revuelto por luchas intestinas, o de un país pisoteado por botas militares y vestido de ropas de soldados.